

mantenimiento de la individualidad de la patria. ¿Cómo podría ser de otra manera cuando se han visto las proporciones que reviste el nacionalismo en Méjico?

Internacionalismo significa pacifismo.

No interpreto el internacionalismo, según al parecer lo hacen los alarmistas como la devoración de las patrias por un monstruo que sería la humanidad. Este monstruo como tal no existe y aquel proceso sería desagradable, contrario a muchos sentimientos e impracticable. El internacionalismo no es más que la preparación de los espíritus para que sean una realidad esas mismas ligas o uniones de naciones, ya del mundo, ya americanas, ya latino americanas, que todos los gobiernos y todos los políticos aceptan como una posibilidad que se puede entrar a discutir. El internacionalismo no es más que otra manera de expresar el anhelo de la paz del continente, de que tanto se habla, y el anhelo de paz universal, que fué, como hemos visto, una aspiración general después de los horrores de la gran guerra. No es más que otra manera de indicar la confraternidad entre naciones hermanas, de que tanto alarde hacemos cada vez que la ocasión se presenta. El internacionalismo no es más que la preparación de la opinión para que sean un hecho las limitaciones de armamentos que las grandes potencias iniciaron con éxito en Wash-

ington y que propician nuestro Gobierno y otros en el Nuevo Mundo, movidos por un justo deseo de mayor felicidad humana y para no hundirse más en la bancarrota.

¿Por qué escandalizarse, entonces?

No se diga que el señor Vasconcelos es revolucionario; es un político filósofo, es el apóstol de la regeneración de su pueblo por medio de la educación. Lo que ha escandalizado en el pensador mejicano es el soplo de innovación que lo anima.

Pero tal es la verdadera vida del espíritu. Su esencia es el sondear incesante de nuevos horizontes. Se podría afirmar que este afán, fuera del amor, constituye la única realización posible del espíritu mismo. Decir que se ama la libertad, la verdad y la justicia, y considerarlas al propio tiempo como las expresiones de conquistas definitivas que no admiten mejoramientos, de conceptos intangibles que no cabe alterar, es venerar lápidas y cadenas del alma. El idealismo verdadero es el idealismo investigador y creador. Este es el que alienta el alma del señor Vasconcelos. El hombre público mejicano es un místico cruzado del ideal y de la raza. La nave de su personalidad y la de su pueblo avanzan propulsadas por los buenos alisios de la renovación.

Playas de un nuevo mundo las esperan.

ENRIQUE MOLINA

(Renovación, Buenos Aires).

depositarios de la luz y como la he visto radiar clara y brillante, renuevo mis votos de difundirla sin contemplaciones; y me digo: no olvides, tú, profesor de humanidades, lo que sabe cualquier corazón sencillo: el derecho que todos los hombres tienen a la dicha y el deber que tienen los depositarios de la luz de difundirla y de decir a los que vacilan: la justicia debe ser y es de este mundo y sin pensar en teorías que toda cosa simple vuelven confusa, dí a los hombres: no discutan, corrijan la injusticia. La ciencia tiene por objeto mejorar la condición social de los hombres; las Universidades las paga el Estado con el dinero, con el trabajo de los pobres y primero que otra cosa alguna, deben enseñar a los hombres a mejorar su condición económica individual y a romper las desigualdades injustas. Romper el privilegio, romper la casta: estudiar los métodos por los cuales se logre dar la tierra a quien la labre y el pan a quien lo trabaja: ese es el objeto primordial de la filosofía económica moderna y de la Universidad moderna. Y yo prometo cumplir este deber hasta donde mis fuerzas alcancen a fin de no ser indigno de esta Universidad de Santiago; una de las más ilustres de mi raza y una de las más obligadas a resolver el problema de mi raza y el problema del mundo. Y entonces, cuando hayamos cumplido con nuestras conciencias, que caiga sobre nosotros la bendición de Dios.

(La Nación, Santiago).

Discurso del Lic. Vasconcelos en la Universidad de Chile

Señor Decano:

EL honor que se ha servido conferirme la Facultad de Filosofía, Humanidades y Bellas Artes, me complace profundamente porque viene de una Universidad ilustre y de una Universidad latino americana. Yo soy de los que creen que el sentimiento de Patria es demasiado pequeño para los corazones libres y pongo mi fe en un internacionalismo sincero y total que abarque a todos los hombres y todavía más, a todos los sitios de la tierra, las montañas y los mares, los ríos y los árboles y las obras todas de la divina creación. Pero por lo mismo que aspiro al internacionalismo absoluto y a la libertad verdadera, creo que las razas tienen el derecho de organizarse social y políticamente conforme a sus simpatías y sus gustos y creo que ese derecho es un mandato de la potencia divina que de esa manera nos lleva a producir la maravilla de las culturas originales que aumentan el valor espiritual del mundo. Creo que la nacionalidad es una forma

caduca, y por encima de las patrias de hoy, — cuyos emblemas ya casi no mueven mi pecho, — veo aparecer las banderas nuevas de las federaciones étnicas que han de colaborar en el porvenir del mundo. Veo la bandera ibero americana flotando una misma en el Brasil y en México, en el Perú y la Argentina, en Chile y el Ecuador, y me siento en esta Universidad de Santiago, tan cargado de responsabilidades con el presente, como si aquí mismo hubiera pasado todos mis años. Sólo un instante tomaré asiento entre ustedes; pero los problemas que aquí se debaten, serán siempre míos y las soluciones que aquí se conquisten encontrarán un eco fervoroso en mi alma.

Me refiero a las soluciones del problema humano que es tan sencillo para la mente, tan fácil para la acción iluminada; y sin embargo tan doloroso, tan atterradoramente oscuro en la realidad de la vida cotidiana.

Tomo asiento entre ustedes y al hacerlo, pienso que deberíamos ser los

Arpa eterna

Arpa es la creación. Los elementos hacen vibrar de esa arpa los cordajes; el viento, sacudiendo los ramajes de las selvas; el mar, bamboleando las olas; y del éter en el seno, trazando el rayo hipérbolos de llamas, pulsa la cuerda horrisona del trueno. Es música vivaz sin pentagramas que riman los eternos trovadores. Todo es bello en la gran naturaleza y canta su mirífica grandeza: la tierra, el cielo, el mar. Entre las flores se desliza cantando el arroyuelo, y con arpado pico, arpa sonora, las avejillas cantan a la Aurora. De la estrellada noche bajo el velo cantan, con su rabel, los ruisenores a la blanca sonámbula del cielo. ¿Quién esa orquesta, sin igual, dirige? ¿Qué artista combinó sus sinfonías? ¡Dios! que el imperio de los mundos rige y llena los espacios de Armonías.

LUIS R. FLORES.

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.